

CARLOS SENTÍS

Marañón en París

La obra de ciertas personas no muere. El doctor Marañón, uno de los españoles más importantes del siglo XX, trasciende al actual, como se acaba de demostrar en París. Su Ayuntamiento ha colocado una placa en la casa donde vivió en sus años de exilio. Dos en uno, como también ocurrió a otros insignes compatriotas suyos: si tuvo que salir de Madrid a últimos de 1936 (embarcó en Valencia para Marsella) luego, dado el resultado de la guerra, continuó en París unos años más. Ortega y Gasset no encontró en París la recepción que le hubiera podido ser debida. Sus nexos intelectuales y filosóficos se habían trenzado en Alemania y un hombre como él huía de ella como de la bicha. Don Gregorio, en cambio, siempre estableció conexiones francesas y cuando de arribada forzosa llegó a París se encontró con muchos brazos abiertos. Médicos como el doctor Dubraigne (que después fue alcalde de París), escritores y también políticos. Pudo practicar la medicina, pero quizá más y mejor escribir. Ya que él era exiliado se le ocurrió investigar sobre otros exiliados españoles que le habían precedido. ¿Se pudo llamar exiliada a Isabel II? En todo caso sí lo fue, con todas sus características. Godoy, "Príncipe de la Paz", que acabó tomando modestamente el sol en los jardines del Palais Royal. Los niños que jugaban a su alrededor llamaban, a aquel anciano, don Manuel. Si don Gregorio hubiera querido hablar de sus coetáneos exiliados, le hubiera faltado papel. Quien sabía mucho de ellos era Joan Garolera, propietario del hotel Mont-Thabor de la rue Mont-Thabor. Acababan de hacer sus maletas para volver a España al proclamarse la República y ya otros políticos llegaban con las suyas.

Si no felices, los años en París de don Gregorio fueron fértiles. Sin compromisos sociales y sin imperativos políticos o de otra clase, don Gregorio pudo dedicarse a la literatura y a la historia. Muchas mañanas con Lola, su mujer, iba a la Biblioteca Nacional para hacerse con inédita documentación. Llevaban una vida austera, pero no tan "humilde", a pesar de lo que él mismo dejó escrito en una carta. Lo era, en todo caso, en comparación con su Madrid de la preguerra, cuando Marañón era lo que hoy llamaríamos un super famoso. Su casa de París, cuya fachada se acaba de ver por televisión, demuestra que el doctor vivió con gran dignidad. Le oí decir que los médicos deben ganarse bien la vida, pero que deberían abstenerse de ingresar, como algunos, excesivos millones. Creía que no era lógico atesorar dinero sobre el dolor y la angustia ajenos. En realidad muchos médi-



ERA MULTIDIMENSIONAL en quehaceres y plural en inclinaciones: Castilla con devoción y Francia o Cataluña con afición

cos pueden ganarse la vida en todas partes pero, además, Gregorio Marañón continuó con sus colaboraciones en periódicos latinoamericanos. En especial su artículo semanal en "La Nación" de Buenos Aires, que no dejó -vuelto a España- hasta poco antes de su muerte.

Conoci al doctor en París y por ello me ha contrariado no poder estar allí en los actos a él dedicados: además de la aludida placa, una sesión organizada por la Academia Na-

cional de Medicina de Francia. Profundicé su amistad en Madrid e incluso en Toledo. Su familia -primero, su hijo Gregorio- me acogió y fui huésped múltiples fines de semana en su Cigarral de Toledo. También allí trabajaba don Gregorio. Su despacho había sido una celda de un edificio monástico. ¿Cómo olvidar ser su acompañante en los andares por colinas toledanas? En días de frío se cubría con una capa gris como de tirolés. Seguramente porque hablaba al tiempo de andar, jadeaba un poco. También a veces cuando se enfadaba -raramente y por cuestiones no personales- acusaba una respiración corta. Pensaba que a la larga podría aquejarle algo pulmonar. Pero no. Murió en 1960 (nació en 1887) de una dolencia circulatoria. Primero tuvo una flebitis en una pierna. Después de una fácil intervención, como otros, le dije que aquello no era nada dados los modernos medios quirúrgicos. Recuerdo su objeción: "Cuando esto me ocurra en una arteria cerebral, todo se habrá acabado".

No acabó Marañón. Se habla a menudo de él porque era como pocos pluridimensionales. Hoy se le cita por razones científicas, histórico-literarias o políticas. Gracias en gran parte a él el paso de la monarquía a la república (1931) se hizo sin verter sangre alguna. Don Alfonso XIII le dijo a su negociador Romanones: "Que en la entrevista con Alcalá Zamora esté presente Gregorio Marañón". Fue el árbitro en la conversación de un Alcalá Zamora cuyos gritos se oían desde el antedespacho y Romanones, el fiel de los fieles.

De allí salió un acuerdo que permitió la instauración de la república sin violencias y los reyes con su familia viajaron indemnes al extranjero. Fue diputado de las Constituyentes republicanas. Casi nunca habló en el hemisclio. Quizás lo hizo por él su homólogo -en "Al servicio de la República"-, José Ortega, con su histórico "No es eso, no es eso".

"Mazo catalán", escribió don Gregorio en unas generosas cuartillas que yo no merecía. El "catalán", en este caso, no era un adjetivo. He conocido pocos castellanos que mostraran, como él, tanto afecto hacia los catalanes. Probablemente le vino esta afición de cuando le llamaron para una consulta en el lecho de muerte del president de la Mancomunitat Enric Prat de la Riba. Desde entonces, en casa de Marañón había una escultura marmórea -creo que de Clara- con la inscripción: "Cataluña, al doctor Marañón". Porter, nuestro librero, fue uno de sus proveedores. Ya en el exilio personalmente o por escrito mantuvo constante contacto con Cambó. En París al lado de su familia estaba, en el descubrimiento de la placa, Helena Cambó de Guardans.

Multidimensional en quehaceres (medicina, literatura, historia o política) y también plural en sus inclinaciones: Castilla con devoción y Francia o Cataluña con afición. ●

MÀRIUS CAROL

De metáforas

La metáfora es un tropo de dicción que hay que usar con mesura, sin abusar de él. Octavio Paz escribió en "El arco y la lira" que el hombre es un ser que se ha creado a sí mismo inventando un lenguaje, así que por la palabra el hombre se convierte en su propia metáfora. Casilda Alonso Martínez, que fue novia de don Alvaro de Figueroa, conde de Romanones a la par que cojo, solía presentarlo a sus amistades diciendo: "Mi futuro imperfecto". Lo que demuestra que Casilda era una dama que disparaba con las metáforas como si fuera una escopeta de cañones recortados.

El ministro de Agricultura, Miguel Arias Cañete, estuvo la semana pasada por Jaén y en el transcurso de su intervención en un foro no se le ocurrió nada más brillante que comparar los regadíos con las mujeres. La frase del señor ministro era tal que así: "El regadío hay que utilizarlo como a las mujeres, con mucho cuidado, que le pueden perder a uno". Arias Cañete sólo perdió una ocasión para callar, complicándole la vida a la secretaria general del PP en aquella provincia andaluza, que vino a decir que el titular de Agricultura no había estado precisamente afortunado, pero que tampoco era para ponerse como se habían puesto las diputadas del PSOE en la provincia. Que es una manera de justificar lo injustificable, sin demasiado empeño.

A algunos líderes del centroderecha les pesa más la derecha que el centro y cuando se trata del debido respeto a la condición femenina naufragan con sus discursos sexistas. En su día, Manuel Fraga citó a la parlamentaria socialista Clementina Díez señalando que en su intervención lo único interesante que exhibió fue su pronunciado escote. En otra ocasión, Miguel Ángel Rodríguez comparó la Constitución con un ciudadano que ya puede votar, en caso de que fuera varón, y con una joven en su puesta de largo, en el supuesto de que se tratara de una dama. Y Francisco Álvarez-Cascos, queriendo lanzarle un capote, se echó a los pies de los caballos advirtiendo que las mujeres han servido siempre como síntesis de virtudes y metáfora de alegorías, así las dos figuras del frontispicio de las Cortes, que simbolizan la Justicia y la Constitución.

Es evidente que sus señorías del centroderecha no son la reencarnación del abate Odón de Cluny, aquel misógino que comparaba a las damas con los sacos de estiércol, pero algo falla en algunas disquisiciones; quizá deberían aprender del discurso de sus compañeras de Gabinete. Ellas seguro que tenían ganas de decirle a Arias Cañete que algunos hombres son como el secano, es decir, donde difícilmente puede germinar ningún pensamiento brillante, pero decidieron callarse, que es una manera oportuna de controlar las metáforas. ●